

Auguste Guinnard

TRES AÑOS DE
ESCLAVITUD ENTRE
LOS PATAGONES

(RELATO DE MI CAUTIVERIO)

*Traducido del francés por
Jean-Paul Duviols*

STOCKCERO

Copyright foreword & notes © Jean-Paul Duviols
of this edition © Stockcero 2008
1st. Stockcero edition: 2008

ISBN: 978-1-934768-15-0

Library of Congress Control Number: 2008934754

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface

Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.

3785 N.W. 82nd Avenue

Doral, FL 33166

USA

stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com



Glymmatographie sur acier. Baudran.

A. GUINNARD.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
<i>El viaje involuntario de Auguste Guinnard</i>	
<i>Patagonia, tierra de leyendas</i>	
<i>«Civilización y barbarie»</i>	
<i>Un exterminio programado</i>	
TRES AÑOS DE ESCLAVITUD ENTRE LOS PATAGONES	
AL LECTOR.....	3
CAPÍTULO PRIMERO.....	7
<i>Circunstancias de mi salida para Montevideo y con qué fin emprendí este viaje.</i>	
CAPÍTULO II	25
<i>En qué manos había caído</i>	
CAPÍTULO III	53
<i>La Pampa y los pampas</i>	
CAPÍTULO IV	75
<i>De la religión de los Indios</i>	
CAPÍTULO V	79
<i>La medicina entre los indios</i>	
CAPÍTULO VI	85
<i>Manera de engordar los caballos. Matanza de un caballo. Alimentación principal de los indios durante la buena temporada. Del armadillo. Un acontecimiento trágico.</i>	
CAPÍTULO VII.....	91
<i>Música entre los indios. Sus diversos instrumentos. Juegos.</i>	
CAPÍTULO VIII.....	95
<i>Proyectos de fuga. – Desesperación. – Cambio de situación: paso a ser secretario de los indios.</i>	
CAPÍTULO IX	113
<i>Orgías de los indios. Sus diferentes bebidas. Me construyo una casa. Ciencias de los indios.</i>	
CAPÍTULO X	121
<i>Fiestas religiosas de los indios</i>	

CAPÍTULO XI	129
<i>Como la política de las Provincias Unidas del Río de la Plata vino a influir sobre mi destino. El general Urquiza. Liberación. Orgía general.</i>	
CAPÍTULO XII.....	139
<i>Permanencia en Río Quinto. – Partida para Mendoza.</i>	
CAPÍTULO XIII	143
<i>Mendoza</i>	
CAPÍTULO XIV	147
<i>Salida de Mendoza. Paso de la cordillera</i>	
ALGUNOS DATOS DE LA VIDA DE AUGUSTE GUINNARD	167
VOCABULARIO «PATAGON» EMPLEADO POR GUINNARD.....	169
ÍNDICE ONOMÁSTICO	171
ÍNDICE TOPOGRÁFICO	173
ÍNDICE DE MATERIAS	175
EDICIONES DEL RELATO DE GUINNARD.....	177
<i>Ediciones en francés</i>	
<i>Traducción inglesa</i>	
<i>Traducciones españolas</i>	
BIBLIOGRAFÍA:	179

INTRODUCCIÓN

EL VIAJE INVOLUNTARIO DE AUGUSTE GUINNARD

La «literatura de viaje» que ha tratado progresivamente de alejarse de lo maravilloso y de las aproximaciones para proponer informaciones precisas sobre países y pueblos lejanos y sobre experiencias originales, ofrece a pesar de todo muy pocos textos de gran intensidad como el de Auguste Guinnard.

Auguste Pawloski Guinnard nació en París el 8 de junio de 1831. Su padre, Jean André Scoevola Guinnard era capataz en las obras públicas y su madre, Louise Augustine Ulliac era originaria de Bretaña. Auguste era el último de los cuatro hijos de la pareja. La familia vivía en el centro de París.¹ Auguste no tenía una formación muy especializada. Pasó unos meses como empleado en una compañía de exportación y tal vez fue lo que le incitó a emprender un viaje lejano.

Además, la situación familiar no era muy estable y sus padres no se avenían muy bien (el padre irá a vivir en Argelia). Por lo tanto, el más joven de la familia consideró que era necesario asegurar el porvenir de su madre, lo que encajaba con las ganas que tenía de afirmarse fuera del hogar familiar.

A sus 24 años, Auguste pensó que ya era tiempo de buscarse la vida y persuadido de que la fortuna le esperaba en América, emprendió lo que iba a ser el viaje de su vida. Tal vez siguiendo los consejos de su abuelo el oficial de marina Ulliac de Kvallant, tomó un barco con destino al Río de la Plata, provisto de unas cartas de recomendación que no le servirán de nada y del optimismo que caracteriza los aventureros. Su juventud y su

1 La familia de Auguste Guinnard vivía en París en un edificio situado en el número 12 de la calle Mahler en el distrito cuatro (*4^{ème} arrondissement*). Allí mismo fue donde se reunió con su madre a su vuelta a Francia.

falta de experiencia explican la imprevisión y la temeridad que ha mostrado en el principio de su extraordinaria aventura.

En la primera versión que redactó de su odisea (*Le Tour du Monde*, 1861), Guinnard escribía que «*como miles y miles de franceses que cada año abandonan el suelo natal con destino a las riberas del Plata, llegué en 1855 en busca de la fortuna a Montevideo y a Buenos Aires, esperando conseguir gracias a los conocimientos prácticos que había adquirido en París en el comercio de exportación, la garantía del pan cotidiano para mí y cierta holganza para la vejez de mi madre.*»

En efecto, el joven Auguste buscó oportunidades primero en Montevideo, luego en Buenos Aires donde se quedó algunos meses. No le ha parecido oportuno decir cuáles fueron entonces sus ocupaciones. Es probable que trabajara un tiempo en una fábrica de jabones. Luego, recorrió una zona muy amplia (Tandil, Azul, Fuerte Argentino, Bahía Blanca, Carmen de Patagones y Quequén Grande). No sabemos cómo se ganaba la vida, pues su relato verdadero empieza en Quequén Grande donde trabó amistad con un italiano llamado Pedritto que se encontraba en una situación parecida a la suya y con quien emprendió un viaje hacia Rosario.

A partir de entonces, o sea del 18 de mayo de 1856, la aventura de Auguste Guinnard se convierte en pesadilla. Además de su inexperiencia y de sus escasos recursos, va a acumular los contratiempos y los desaciertos y por lo tanto, aparece como una víctima sistemática de la suerte contraria.

Los dos jóvenes salieron de este pueblo próximo al territorio dominado por los indios hostiles, enemigos de cualquier «cristiano», con una mala brújula de madera que se estropeará a los pocos días, sin equipo ni pertrechos, sin una tienda y para colmo, ¡a pie! Este modo de viajar por territorios extensos y desconocidos era totalmente inconcebible en un país abundante en caballos. El precio de una montura resultaba tan barato que en Montevideo o en Buenos Aires hasta los mendigos iban a caballo.² Los habitantes del Río de la Plata y de la Pampa, indios, gauchos o estancieros eran verdaderos centauros para quienes el caballo era a la vez un compañero y un instrumento de trabajo. Los caballos, lo mismo que el ganado vacuno, fueron introducidos en aquellas inmensas praderas con la expedición de Pedro de Mendoza,³ en 1536, y se multiplicaron de manera in-

2 El pintor y viajero inglés **Emeric Essex Vidal** representó en una acuarela esta escena callejera : «Beggars on horseback» en su obra *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo*, London, 1820.

3 **Mendoza, Pedro de (1487-1537)** Conquistador español nacido en Guadix (Granada). Fue paje de Carlos Quinto, participó en la guerra de Italia y mandó la expedición que salió hacia el Río de la Plata en 1534 desde Sanlúcar de Barrameda. Los ocho navíos transportaban más de mil hombres. Durante la escala que hicieron en Canarias se les agregó

finita. Casi inmediatamente fueron utilizados por los grupos indígenas.

Emprender a pie el viaje por las extensas llanuras de la Pampa, con la única ayuda de la providencia divina no era ni siquiera un reto arriesgado sino una decisión disparatada, un naufragio voluntario. Aunque escribe –a posteriori– «*no ignorábamos que nos esperaban peligros y dificultades sin número, pero estábamos decididos a afrontarlo todo*», Guinnard hizo todo lo que era preciso evitar y en esto se diferenciaba de un héroe de Julio Verne.⁴ Su compañero, el joven italiano Pedritto, compartía su inexperiencia. Las consecuencias fueron dramáticas:

«Al reaparecer el sol, nos dimos cuenta de que nos habíamos extraviado, pues habíamos seguido la dirección suroeste, que era diametralmente opuesta al punto hacia el cual debíamos dirigirnos. En vez de costear el territorio indio, nos habíamos metido completamente en él desde hacía tiempo».

Luchando contra el hambre, la sed y la desesperación durante tres semanas, perdidos y sin recursos, se vieron repentinamente cercados por un grupo de indios que manifestaban su hostilidad:

«El resultado de una lucha entre nosotros y aquella pandilla no podía ser dudoso, pero juzgándonos perdidos sin esperanza, mirando de frente a la muerte, nos estrechamos la mano, animándonos mutuamente a una buena defensa común y luego disparamos sobre los más avanzados de nuestros enemigos. Uno de ellos, más gravemente herido que algunos de sus compañeros, cayó del caballo. Pero su caída no contuvo a los demás que se lanzaron en masa sobre nosotros, mientras que nos apresurábamos por recargar las armas. Mi camarada, abrumado por el número y acribillado de heridas, cayó para no levantarse ya».

También en aquel lance, los dos jóvenes cometieron un error que resultó fatal para uno de ellos, pues hubieran podido entregarse sin hacer alarde de un valor inútil y sin utilizar sus escopetas. Auguste tuvo mucha

tres navíos. Después de pasar por Río de Janeiro, Pedro de Mendoza llegó al Río de la Plata en enero de 1536, donde les esperaba una parte de la armada que estaba bajo el mando de su hermano Diego. Entonces fundó el puerto de Santa María del Buen Aire. Como estaba en conflicto con los indios Querandíes, Diego fue matado por una *boleadora* durante un combate y el fuerte fue atacado y en parte incendiado. Juan de Ayolas que acababa de fundar Corpus Christi ayudó militarmente y abasteció a los soldados de Pedro de Mendoza que se habían refugiado en los navíos. Luego Pedro de Mendoza penetró en el interior del territorio y fundó Nuestra Señora de la Buena Esperanza, cerca de Corpus Christi. Volvió a Buenos Aires. Estaba enfermo cuando se embarcó para volver a España. Murió durante el viaje.

4 **Julio Verne** leyó en *Le Tour du monde* las aventuras de Guinnard y es lo que le incitó a empezar la vuelta al mundo de *Los hijos del capitán Grant* en Patagonia.

suerte, pues los poyuches le perdonaron la vida, tal vez por su resistencia física, pero entonces empezó para él la vida infernal de esclavo. Era considerado por los indios como un *uiñecaé* (un cristiano) o sea como el peor enemigo. Despreciado, humillado, maltratado y vigilado permanentemente, tuvo que aceptar su nueva condición aunque los sufrimientos y la desesperación despertaran a veces en él pulsiones suicidarias. Pero superó su depresión, se adaptó, consciente de que era para él el único modo de sobrevivir:

«conseguí disimularles mi dolor, bajo una sonrisa continua y falsa, por la que se dejaron engañar. Con toda buena voluntad y con toda la destreza de que era capaz, hice rápidos progresos en el arte de la equitación y en el conocimiento de su idioma, en todo lo cual fundaba esperanzas de fuga».

Vendido por los poyuches a los puelches, luego a los tehuelches y por fin a los mamuelches, Guinnard vivió un calvario que al final se hizo de cierto modo más aguantable con la confianza que le otorgó el cacique Cal-fucurah. Pero, a pesar de todo, seguía obsesionado por su deseo de evasión.

Las condiciones extraordinarias de su fuga tienen la intensidad de una novela de aventuras y sólo fueron posibles por la dura experiencia que había adquirido entre los indios o sea la resistencia física, el conocimiento de los caballos, una larga experiencia de jinete y una adaptación a condiciones que hubieran condenado a cualquier europeo inexperto. La capacidad de cabalgar cuatro noches y cuatro días seguidos, la de sobrevivir comiendo carne cruda de animales recién cazados con boleadoras y bebiendo su sangre, todos esos elementos fascinan al lector por su fuerza y por su extremo exotismo pero también, de cierta manera, suscitan la antigua comparación entre lo «natural» de la vida «salvaje» y la excesiva comodidad de la «civilización».

Durante su residencia en Río Quinto, al terminar su odisea patagónica, Auguste Guinnard revela que no era un mero burócrata sino que tenía también capacidades de artesano y de ingeniero, pues al finalizar su viaje, realizó sin la ayuda de nadie una fábrica de jabón, fue luego albañil en Quillota y capataz en una estancia, se ocupó de máquinas agrícolas y se enfrentó a ciertos empleados indisciplinados. Se adaptó por necesidad.

Aunque no se acaba su odisea al llegar a un lugar «civilizado», en este caso Río Quinto, se pueden considerar como menos intensos los episodios

de su estadía y de su recuperación física en Río Quinto, Mendoza, Quillota y Valparaíso. Una hazaña auténtica como la del paso de la cordillera aparece como complementaria de la aventura bárbara y totalmente extraordinaria que vivió entre los indios patagones.

A lo largo del relato, en las descripciones y en las evocaciones, Guinnard no hace caso omiso de los detalles más violentos y crueles que contrastan con su propia sensibilidad melancólica que manifiesta a menudo, lamentando « *el espantoso destino que (le) perseguía* ». Pues se encuentran en su testimonio personal muchos rasgos románticos y mucha expresividad en las descripciones y sobre todo en los sentimientos. A pesar de una excepcional resistencia física que le permitió sobrevivir a las condiciones de existencia casi animales y a los malos tratos permanentes, lo que aparece evidente cuando reintegra el mundo urbano y la convivencia, es su fragilidad psicológica. Ahora se diría que la vuelta a la « normalidad » le provocó una profunda depresión. Experimentó durante su cautiverio pulsiones suicidas que tal vez se hubieran repetido con la acumulación de las desdichas, si no hubiera tenido la suerte de encontrar en Mendoza o en Quillota a unas personas comprensivas que le salvaron del hambre y de la desesperación.

Se acaba su relato con su vuelta a Francia pero no tenemos más que unos datos acerca de su adaptación a la vida « civilizada ». Empleado en la dirección general de Policía, luego comisario en la compañía de ferrocarriles, miembro de la Sociedad de Geografía y de Etnología, casado y padre de una hija, parece que su dramática experiencia quedaba como un paréntesis, un viaje iniciático, un tema de comentarios y que, finalmente, no tuvo consecuencias notables sobre el curso de su existencia. Sin embargo, no sabemos exactamente cómo acabó su vida. En efecto, fue declarado ausente en la boda de su hija en 1885 y es notable señalar que tres años antes se había sacado del Sena el cadáver de un hombre cuyo nombre era Auguste, cuya foto correspondía a nuestro aventurero, y que además, presentaba una cicatriz idéntica debajo de la nariz. ¡Nadie puede afirmar que el ahogado de Charenton fuera un desventurado e imprudente pescador o un *uiñecaé* víctima de su pasado!

PATAGONIA, TIERRA DE LEYENDAS

Antes del testimonio de Auguste Guinnard no se sabía casi nada de Patagonia y menos aun de los patagones. En el imaginario europeo de la primera mitad del siglo XIX, Patagonia quedaba como una «terra incognita», un fin del mundo, una región misteriosa entre las menos conocidas de América. Como los grandes desiertos o las extensas selvas, aquella llanura infinita ejerció una indudable fascinación, pues quedaba casi intacta después de tres siglos de presencia europea en el continente.

En cuanto a los colonos argentinos que se habían instalado en poblaciones periféricas, y que a veces tenían contactos comerciales con ciertos indios nómadas o breves y despiadadas luchas con ellos, temían y odiaban a los grupos que consideraban como un freno a su expansión y como un peligro permanente. Por lo tanto, no prestaban ninguna atención a sus modos de vida y los relegaban indistintamente en la categoría de los «bárbaros».

Patagonia era desconocida o apenas evocada por una serie de relatos de viaje superficiales y contradictorios desde principios del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII. Participaba de la leyenda y se ignoraba casi por completo lo que pasaba en los inmensos territorios del Sur y del Sureste de Buenos Aires y quienes eran sus habitantes. Los lectores interesados por aquella región —que no eran muchos—, no tenían ni la más remota idea de su diversidad y menos aún de la vida cotidiana de los grupos indígenas que la recorrían.

Durante casi tres siglos, la imagen que prevaleció y que se afincó en las mentalidades fue un estereotipo exótico, muy alejado de la realidad etnológica, el mito de los Gigantes. Ya Américo Vespucio había relatado en su *Mondus Novus* un sorprendente encuentro con una tribu de gigantes en una región más septentrional.⁵ Por lo tanto, no fue sorprendente que el primer encuentro con los tehuelches (o Chonik del Sur) «nación» de elevada talla (¡una media de 1m.80 cuando los europeos tenían una media de 1 m.60!) que vagaba a lo largo de las costas atlánticas, dio pie a una exageración que se transformó en uno de los mitos más arraigados del continente americano, el de los Gigantes patagones.

5 **Vespucii**, Américo, (1454-1512) Célebre navegante y descubridor nacido en Florencia. Durante su tercer viaje (1501-1502), editado bajo el título de *Mondus Novus* (1503), se quedó durante un mes con un grupo indio del Brasil y se supone que llegó muy al sur en el Atlántico.

Magallanes y parte de su tripulación que eran lectores del relato de Vespucio y de novelas de caballería, además persuadidos de que los seres humanos que vivían en las regiones frías debían tener una elevada talla, no fueron excesivamente sorprendidos al encontrar gigantes en aquellas zonas meridionales del hemisferio Sur:

«Un día, sin que nadie lo pensara, nos encontramos con un gigante que estaba a orillas del mar... Era tan alto que el mayor entre nosotros no alcanzaba su cintura... El capitán llamó a esa clase de gigantes Patagóni».⁶

Uno se puede preguntar por qué Magallanes llamó Patagones a aquellos indios. La primera hipótesis fue que el nombre podría significar «gente con pies grandes» u «hombres con pieles de canes». La explicación que parece más acertada es la que atribuye a Magallanes una reminiscencia literaria.

En efecto, los libros de caballería gozaban de un gran éxito en la península ibérica a principios del siglo XVI y era la lectura favorita de los conquistadores.⁷ El elemento fantástico era permanente, por lo tanto no es de extrañar la presencia de hombres salvajes, llamados patagones. Aquellos seres legendarios «*tienen cabezas de perros y orejas largas que bajan hasta los hombros y muelas largas y puntiagudas, los pies como los de los ciervos. Corren tan rápidamente que nadie los puede alcanzar*».⁸ Para los primeros descubridores este retrato se podía fácilmente aplicar a los tehuelches-Patagones que tenían orejas con lóbulos extremadamente alargados, que estaban cubiertos sólo con pieles de guanaco y que corrían con mucha prisa, pues todavía los indios no tenían caballos. En cuanto a su estatura fuera de lo común que caracterizaba exclusivamente los tehuelches, esta particularidad fue considerada como exótica y originó notables exageraciones en los textos y en las ilustraciones de numerosos relatos de viajeros hasta finales del siglo XVIII, en particular en los del francés Dom Pernetty⁹ y

6 **Pigafetta**, Antonio, Es la crónica más importante del viaje de Magallanes. *Navigation et descouvrement de la Indie Supérieure faite par moy Anthoyne Pigaphete Vicentin* (1525?) B.N. de París; *Notizie del Mondo Nuovo con le figure de paesi scoperti descritte da Antonio Pigafetta* (1525?) Manuscrito de la biblioteca de Milano.

7 **Leonard**, Irving, *Books of the brave: being an account of books and of men in the Spanish Conquest and Settlement of the sixteenth-century New World* (1949).

8 *Libro Segundo de Palmerín que trata de los grandes fechos de Primaleón* (Chap. CXXXIII), Salamanca, 1512. Los nombres utilizados por los autores de las novelas de caballería permanecían en la memoria de los conquistadores que no vacilaron en bautizar con ellos los territorios o los pueblos que descubrían. Basta recordar que California era un nombre utópico de una isla imaginaria en *Las Sergas del muy virtuoso y esforzado caballero Esplandián, hijo de Amadís de Gaula* (1510).

del inglés John Byron.¹⁰ Los testimonios de Bougainville¹¹ y después de d'Orbigny¹² pusieron un punto final a la leyenda.

Los seres de carne y hueso que a mediados del siglo XIX erraban por las llanuras de la definitivamente llamada Patagonia, no participaban del mito de los gigantes, formaban grupos diversos, a menudo enemigos y consideraban los inmensos territorios por los que vagaban como terrenos de caza y de libertad.

«CIVILIZACIÓN Y BARBARIE»

Al publicar su libro, Guinnard fue consciente de que su aporte científico al conocimiento de pueblos «salvajes» y en vía de desaparición era por lo menos tan importante como su aventura personal, por extraordinaria que fuera:

«Se comprenderá que, para un esclavo como lo era yo, no era cosa de unos días, ni siquiera de unos meses, recoger las diversas observaciones que hoy pongo ante los ojos del lector.»

En efecto, proponía al lector europeo una documentación etnológica

-
- 9 **Pernetty**, Antoine-Joseph o Dom Pernetty (1716-1796) Escritor francés. Benedictino, secretario de Federico II de Prusia. Es autor del relato *Journal historique d'un voyage fait aux îles Malouines en 1763 et 1764 pour les reconnoître et y former un établissement et de deux voyages au détroit de Magellan avec une relation sur les Patagons*, 1769. En esta obra hay un grabado muy parecido al de la obra de John Byron representando a un encuentro entre marinos franceses y una familia patagona.
 - 10 **Byron**, John (1723-1786) Célebre navegante británico. Realizó un primer viaje en 1742 con el almirante George Anson en el estrecho de Magallanes donde su barco, el HMS Wager, naufragó cerca de las islas de Chiloë. Vivió cierto tiempo entre los Alakaluf, luego fue prisionero de los españoles. Entre 1764 y 1766 hizo un segundo viaje con el título de comodoro por los mares del Sur. Visitó las islas Malvinas y encontró un grupo tehuelche en las costas de Patagonia. Dos grabados de la edición de su viaje (publicado en 1766) representan a indios patagones gigantes al lado de marinos ingleses. Por un momento dio nueva fuerza al mito de los gigantes.
 - 11 **Bougainville**, Louis Antoine comte de, (1729-1811) Navegante y diplomático que emprendió un viaje en vista de fundar una colonia en las islas Malvinas. Luego hizo el primer viaje francés de circunnavegación (1766-1769) durante el cual hizo una estadía breve en Buenos Aires durante la cual entregó las Malvinas a las autoridades coloniales españolas. Encontró un grupo de tehuelches. Su testimonio acabó con el mito de los Gigantes. Pues afirmó que eran altos de cinco pies y cinco o seis pulgadas y que además vio en el Pacífico una « nación » más alta que la de los patagones.
 - 12 **Orbigny**, Alcides d' (1802-1847) Naturalista y explorador francés. Fundó la etnología americana y fue uno de los primeros que se preocupó por el destino de los pueblos indígenas. Su obra fundamental es *Voyage dans l'Amérique méridionale (le Brésil, la république orientale de l'Uruguay, la Patagonie, la république Argentine, la république du Chili, la république du Pérou, la république de Bolivie) exécuté dans le cours des années 1826 à 1833*, 1834-1847.

incomparable sobre los grupos indios del norte de la Patagonia con el valor y el sabor de lo vivido en lo cotidiano. Estamos lejos del «buen salvaje» idealizado por los filósofos del Siglo de las Luces. Estos son crueles, despiadados, codiciosos: *«Estos seres no tienen ningún sentimiento de piedad. Cuantas más víctimas hacen tanto más se enorgullecen. Consideran que los seres civilizados son hechiceros y enemigos. Consideran que tienen la culpa de todos los males que pueden afectarles»*.

La crueldad de los indios, el refinamiento de sus venganzas los hacían tanto más temibles cuanto que ellos mismos despreciaban el sufrimiento físico y que para ellos la guerra era la etapa superior en su vida errante de jinetes cazadores.

Mudo espectador, despreciado, maltratado, con la obligación de disimular sus sentimientos de desesperación y de odio, el esclavo Guinnard tuvo que adaptarse para sobrevivir, por lo cual evolucionó en su comportamiento, adquirió la resistencia y la destreza necesarias para rivalizar con sus amos, siempre con la perspectiva de la fuga. A pesar de que evidentemente los odiaba, considerándoles como verdugos despiadados, paradójicamente, de cierta manera los admiraba: *«Si se hace caso omiso de su bárbara crueldad, estos indios no dejan de ser industriosos e inteligentes»*. En muchas ocasiones, subraya además de su fuerza —superior a la de los europeos— y de su destreza, sus capacidades de observación y su perfecta adaptación al medio natural.

El libro de Guinnard propone una visión «participante» y sufrida de los modos de vida de los errantes de la Patagonia. Se revela como un complemento indispensable a los comentarios de los jesuitas José Sánchez Labrador y Thomas Falkner acerca de los indios de la Pampa y del naturalista Alcides d'Orbigny. Tomando en cuenta los inevitables prejuicios, este testimonio se puede considerar como único y además no se limita a un grupo étnico sino a casi todas las tribus de la parte septentrional de Patagonia, las cuales en la época evocada *«vivían en estado nómada en toda su rudeza primitiva»*.

Guinnard asimiló poco a poco la vida errante, el arte de montar a caballo, de cuidar una tropilla, tuvo que adaptarse a una dieta particularmente elemental, la de la carne cruda y de la sangre caliente, aguantando la desnudez y las noches sobre el suelo frío, duro, húmedo o caliente de las regiones más distintas del inmenso territorio que recorrió. Comenta su si-

tuación cuando fue vendido por los poyuches a los puelches: «*Apenas habían pasado algunos meses, y ya del europeo en mí no quedaban más que el espíritu y el corazón*».

Además aprendió a escondidas el idioma de sus amos que a menudo se portaban con él como verdugos, insultándolo o pegándole. Afirma que su idioma es muy estructurado y permite grandes posibilidades de expresión, subrayando que los indios «*se expresan con mucha claridad y hasta con cierta poesía*», y que además de una memoria excepcional, tienen grandes capacidades para el cálculo.

Durante mucho tiempo permaneció sin hablar y se abstuvo de manifestar sus sentimientos, pues no podía esperar gratitud alguna de parte de sus verdugos. Nunca se convirtió en indio puesto que tenía el estatuto de esclavo cristiano y por consiguiente no podía participar de la vida cotidiana ni trabar cualquier tipo de relación humana. Frustrado de modo permanente, tenía que aguantar en silencio:

«Muchas veces, en esas terribles circunstancias, tuve que armarme de la mayor resignación para no sucumbir a los deseos de venganza que me inspiraba mi dignidad de hombre civilizado».

Sin embargo su condición mejoró de modo muy sensible a consecuencia del encuentro que hizo con el cacique Calfucuráh. Este se dio cuenta de que un europeo hecho al modo de vida indio y además capaz de servirle de secretario, era un elemento precioso sobre todo para establecer contactos con las poblaciones y los gobernantes argentinos.

Guinnard trata de modo sistemático de todo lo relativo a la cultura material de los diversos grupos entre los cuales permaneció cierto tiempo.

La descripción física detallada de los poyuches, puelches, pampas, mamuelches, araucanos que considera como superiores físicamente a los europeos, mejor adaptados a la naturaleza ambiente. Es ésta una constatación objetiva y no hay que interpretarlo como un rasgo más de la «*barbarie*», en particular cuando afirma a propósito de los *tehuelches*: «*La organización física de los indios es muy superior a la de los hombres civilizados*».

Guinnard proporciona informaciones acerca de un mundo prácticamente desconocido en su época, ya sea que se trate del nomadismo o de la vida cotidiana en los pueblos efímeros de tiendas de cuero o tolderías. La base del modo de vida de los indios estribaba en los caballos, lo que les per-

mitía cazar y guerrear, y que constituían la base de su alimentación. Guinnard aprendió a cuidarlos, a arrearlos y a montarlos. A lo largo del texto manifiesta un apego evidente para con ellos, y es probable que pudiera rivalizar con los mejores jinetes indios pero no con sus extraordinarias capacidades de rastreadores.

Tuvo sobrado tiempo para observar sus modos de cazar, de utilizar las armas, el extraordinario desnudo de los jinetes indios en sus malones o en sus combates contra las tropas argentinas, el odio a los cristianos y la crueldad despiadada con los prisioneros.

Nota cómo su resistencia física y moral al dolor les permitía curarse a sí mismos y arreglar fracturas, valiéndose de utensilios elementales y de una medicina natural, a base de plantas y de orina podrida que parece de gran eficacia sobre hombres y caballos.

Guinnard se muestra también atento a la artesanía basada esencialmente en el cuero que los indios realizaban para su uso propio y los objetos que destinaban al comercio.

El joven francés tuvo que adaptarse también a una alimentación casi exclusivamente de carne cruda que rechazó en un principio como una muestra de animalidad: *«Tuve que resignarme a devorar solamente carne sangrienta, como lo hacen los mismos indios, pero cada vez que terminaba semejante comida sentía asco. Sólo con el tiempo pude superar el horror que me inspiraba ese género de vida»*.

A este propósito parece algo extraño que los indios no utilizaran sino pocas veces el fuego para asar la carne, pues parece que cierta glotonería inmediata ligada probablemente a una vida donde prevalecía la inestabilidad no permitía que se desarrollara la gastronomía.

Estudia con penetración cuál era la condición de las mujeres, siempre al servicio de los soberbios y despreocupados guerreros. Hace de ella un retrato poco halagüeño pero trata de conservar cierta objetividad. No parece haber tenido ninguna relación sexual con ninguna de ellas, tampoco con cautivas argentinas. Por lo menos, igual que en los libros de Julio Verne, no hace comentario ni sugestión alguna sobre el asunto. Le sorprendió la relativa libertad sexual de las mujeres solteras y el rigor de las relaciones entre las parejas casadas, la importancia de las riquezas materiales y su recuperación en caso de divorcio, la eliminación de los recién nacidos incapacitados, pero también el cuidado y el cariño que manifiestan

por sus hijos. Guinnard describe también detalladamente la ceremonia de la horadación de la oreja, la educación de los niños, el arte de montar a caballo y de guerrear, las pinturas corporales, etc.

Subraya también lo eficiente de su medicina primitiva, el empleo de ciertas plantas que pueden curar o que se suelen utilizar entre las mujeres celosas para envenenar a una rival.

Guinnard da también indicaciones acerca de la religión y de las creencias de aquellos nómadas, sus temores durante las tormentas, sus funerales y paradójicamente, su miedo a la muerte.

En las últimas páginas de su relato, Guinnard analiza el comportamiento de los indios frente a los «civilizados» que llama a menudo los «hispanoamericanos». Transcribe lo que ha oído y parece que a pesar de su odio hacia sus verdugos, no está lejos de darles la razón o por lo menos comprender de cierta manera su posición frente a sus enemigos cristianos:

—«Antes de la aparición de los uñeacès, dicen [los indios], vivíamos apaciblemente en todos los puntos de esta tierra que ellos nos han quitado por la fuerza, sin respeto por la voluntad de Dios quien nos ha hecho nacer en ella y cuya propiedad nos ha dado. Pues, ¿de quiénes son estas vacas y estos caballos, creados como nosotros en estos parajes, sino de nosotros? Tewas uñeacès —estos perros cristianos— no nos han respetado. No solamente nos han quitado nuestros bienes, sino que no vacilan en mancharse las manos, ávidas de oro, con nuestra sangre. Serán para siempre nuestros enemigos. Lucharemos contra ellos hasta la muerte para recuperar poco a poco lo que nos robaron de un golpe. ¿Por qué estos perros cristianos tienen la temeridad de venir hasta aquí en lugar de quedarse donde están! Dios nos ordena de no dejarlos en un tranquilo desasosiego y quiere que nos opongamos a que triunfen sus proyectos. Nos ordena quitarles las mujeres y los niños para servirnos de ellos como esclavos.»

«Tales son las ideas de estos seres que llamamos salvajes».

Esta explicación del hecho colonial y de la imposible solución del «problema indio» se parece bastante al diálogo que se estableció unos diez años más tarde entre Lucio Victorio Mansilla y el cacique de los ranqueles Yanquetruz, también conocido como Mariano Rosas:

«La triste realidad es que los indios están amenazando constantemente la propiedad, el hogar y la vida de los cristianos. Y qué han hecho éstos, qué han hecho los Gobiernos, qué ha hecho la civili-

zación en bien de una raza desheredada, que roba, mata y destruye, forzada a ello por la dura ley de la necesidad ?

Qué ha hecho.

Oigamos discurrir a los bárbaros.

Conversando un día con Mariano Rosas, yo hablé así

—Hermano, los cristianos han hecho hasta ahora lo que han podido y harán en adelante cuanto puedan por los indios.

Su contestación fue con visible expresión de ironía:

—Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán. Nos han enseñado a usar ponchos finos, a tomar maté, a fumar, a comer azúcar, a beber vino, a usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni a trabajar, ni nos han hecho conocer a su Dios. Y entonces, hermano, qué servicios les debemos ?

Yo habría deseado que Sócrates hubiese estado dentro de mi en aquel momento, a ver qué contestaba con toda su sabiduría.

Por mi parte, hice acto de conciencia y callé ». ¹³

UN EXTERMINIO PROGRAMADO

La frase del cacique Mariano Rosas, «*cundo los cristianos han podido nos han muerto y si mañana pueden matarnos a todos, nos matarán*», puede considerarse a la vez como una constatación y como una profecía. Pues en los años 1850 y 1860, los indios de la Pampa y de la Patagonia sabían que ya no eran dueños absolutos de los territorios que se extienden al sur y al oeste del Río Salado. Sus instalaciones provisionales de tiendas de cuero ocupaban las tierras más fértiles a lo largo de los ríos en las zonas donde podrían aprovechar los mejores pastos. Así lo habían establecido unos convenios de paz en 1790. El Río Salado era entonces la frontera entre la «civilización y la barbarie». Siguió la tregua durante el período de las guerras de Independencia, pues los criollos de las provincias de la Plata estaban ocupados en librarse del yugo colonial español y por consiguiente no

13 **Mansilla, Lucio Victorio** (1831-1913) Militar y escritor argentino, sobrino de Juan Manuel de Rosas. Tuvo que emigrar a Francia después de la batalla de Caseros. De vuelta en Argentina, participó en la guerra contra el Paraguay y en expediciones contra los indios ranqueles (región de Córdoba). Es autor de una obra célebre, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Se trata del relato de un viaje de dieciocho días en las tolderías de los ranqueles. Con sus 68 cartas, forma parte de la «literatura de frontera». Mansilla apreció la sociedad «bárbara» de los ranqueles y consideró con cierta simpatía el grupo destinado a desaparecer, oponiéndose así a las ideas de D. F. Sarmiento que hacía la alabanza de la «civilización». Mansilla hace la distinción entre el progreso técnico y un supuesto progreso moral.

podían emplear sus fuerzas militares contra los indios. Además, éstos habían suspendido sus malones contra los cristianos puesto que tenían espacio, pastos y ganado suficientes para seguir con su vida errante.

Desde los primeros años de su Independencia, la joven república de las Provincias Unidas de la Plata emprendió una «pacificación» de los territorios del Sur. A pesar de los convenios de 1790 y de un nuevo tratado de paz establecido en 1820, el gobierno de Buenos Aires mandó expediciones contra los «salvajes» errantes sin distinción, pretextando reprimir de este modo incursiones y pillajes que eran reales aunque limitados. Históricamente el conflicto era inevitable. Sin embargo, la empresa se reveló mucho más difícil que lo previsto.

Empezó entonces lo que se llamará «la guerra del desierto». Al principio, los argentinos sufrieron una serie de fracasos debidos tanto a la inexperiencia de las tropas como a las cualidades guerreras de los indios, a su movilidad y al conocimiento de su propio territorio. Desde entonces no cesaron las expediciones hacia el oeste y hacia el sur. La lucha se equilibró poco a poco entre la fuerza organizada y la progresión sistemática de parte de los argentinos y los grupos reducidos lanzando ataques imprevistos, de parte de los indios.

La «guerra del desierto» se caracterizó por dos formas complementarias: a) unas expediciones militares donde también estaban alistados esclavos negros e indios «civilizados» cuya misión era atacar a los indios en sus tolderías, b) ganar terreno y progresar en territorio indio con la edificación de fortines, ensanchando de esta manera la zona de seguridad.

Con los jefes militares argentinos (Martín Rodríguez, Domingo Soriano de Arévalo, Juan Manuel de Rosas, Bartolomé Mitre, etc.) se enfrentaron unos caciques indios menos célebres como Yanquetruz o Calfucurah.¹⁴ Este último derrotó varias veces el «Ejército del Sur». Por su valor y por su inteligencia se convirtió en un personaje de leyenda, una especie de Gerónimo de la Pampa. A este mismo Calfucurah, Auguste Guinnard sirvió de secretario antes de su evasión.

En 1877, el ejército argentino encontró su ángel exterminador en la persona del joven coronel Julio Argentino Roca.¹⁵ Después de analizar la

14 **Calfucuráh, Juan** (? -1873) Cacique famoso del grupo araucano de los mamuelches. Considerado por los habitantes de la provincia de Buenos Aires como un azote por los numerosos malones que organizó entre 1840 y 187 y por los asaltos a Azul, Pergamino, Rojas, Tres Arroyos y Bahía Blanca, fue también, según le convenía, un aliado de varios gobernantes.

15 **Roca, Julio Argentino** (1843-1914) Militar y político argentino. Combatió durante la gue-

situación, éste declaró: «*Cualquier precaución para evitar las invasiones es inútil si no se ocupa la Pampa después de eliminar a todos los indios*».

La «eliminación» de un enemigo ya debilitado se realizó utilizando los medios más modernos: el ferrocarril, el telégrafo, la carabina Remington. En el ejército fueron incorporados indios trásfugas que hacían de guías y rastreadores.

En 1879, cuatro columnas militares cruzaron el Río Colorado y llegaron al Río Negro sin que se les opusiera mucha resistencia. Puesto que los indios no podían huir hacia Chile, anonadados por la progresión del ejército de Roca, se dispersaron hacia el Sur. Cuatro mil resultaron prisioneros y deportados a la isla Martín García o bien forzados a trabajar en la industria azucarera del Tucumán. Durante los años siguientes, el avance «civilizador» penetró en los estados actuales de Neuquén y de Chubut, acosando los araucanos y los tehuelches. Los indios errantes y libres desaparecieron totalmente, dejando la Pampa y la Patagonia a los hacendados y a unas colonias de inmigrantes europeos. Se puede considerar que a principios del siglo XX, los indios ya no tenían existencia cultural.

De allí estriba la importancia del testimonio de Auguste Guinnard acerca de un mundo que ha totalmente desaparecido desde hace más de un siglo pero que todavía queda vivo en el pasado argentino.

En efecto, el libro de Guinnard, por la intensidad del relato y por la originalidad de la aventura, se presenta como un heredero del célebre Robinson Crusoe y además, por la detallada documentación sobre pueblos desconocidos y en vía de desaparición se revela como un precursor de la etnología moderna. La experiencia de este joven parisino ilusionado por los espejismos del Nuevo Mundo que de golpe se encuentra en un infierno insospechado, cobra una dimensión excepcional. La víctima descubre y describe sus verdugos, comparte de cierto modo su vida cotidiana y propone una imagen original del otro que tiene un modo de vida muy alejado de los valores occidentales. Se encuentra solo, dominado, rechazado, luchando contra el hambre y contra una naturaleza hostil. En ese viaje iniciático e infernal, el joven aventurero aprende también a co-

rra del Paraguay. En Santa Rosa venció las tropas que se habían alzado contra el presidente Domingo Faustino Sarmiento. Ministro de la Guerra y de la Marina, programó la “pacificación” de las regiones que se extendían hasta el Río Negro y Neuquén, la famosa “guerra del desierto”. Presidente de la República de 1880 a 1886, fue elegido por segunda vez de 1898 a 1904. Tuvo una política liberal. Resolvió los conflictos de frontera con Chile.

nocerse a sí mismo. *Tres años se esclavitud entre los Patagones* nos permite descubrir una cultura original, nos hace compartir una experiencia que nos traslada a los límites de la resistencia humana y también nos propone una entrañable lección de soledad al mismo tiempo que un himno a la libertad.

JEAN-PAUL DUVIOLS
PARÍS, JULIO 2008

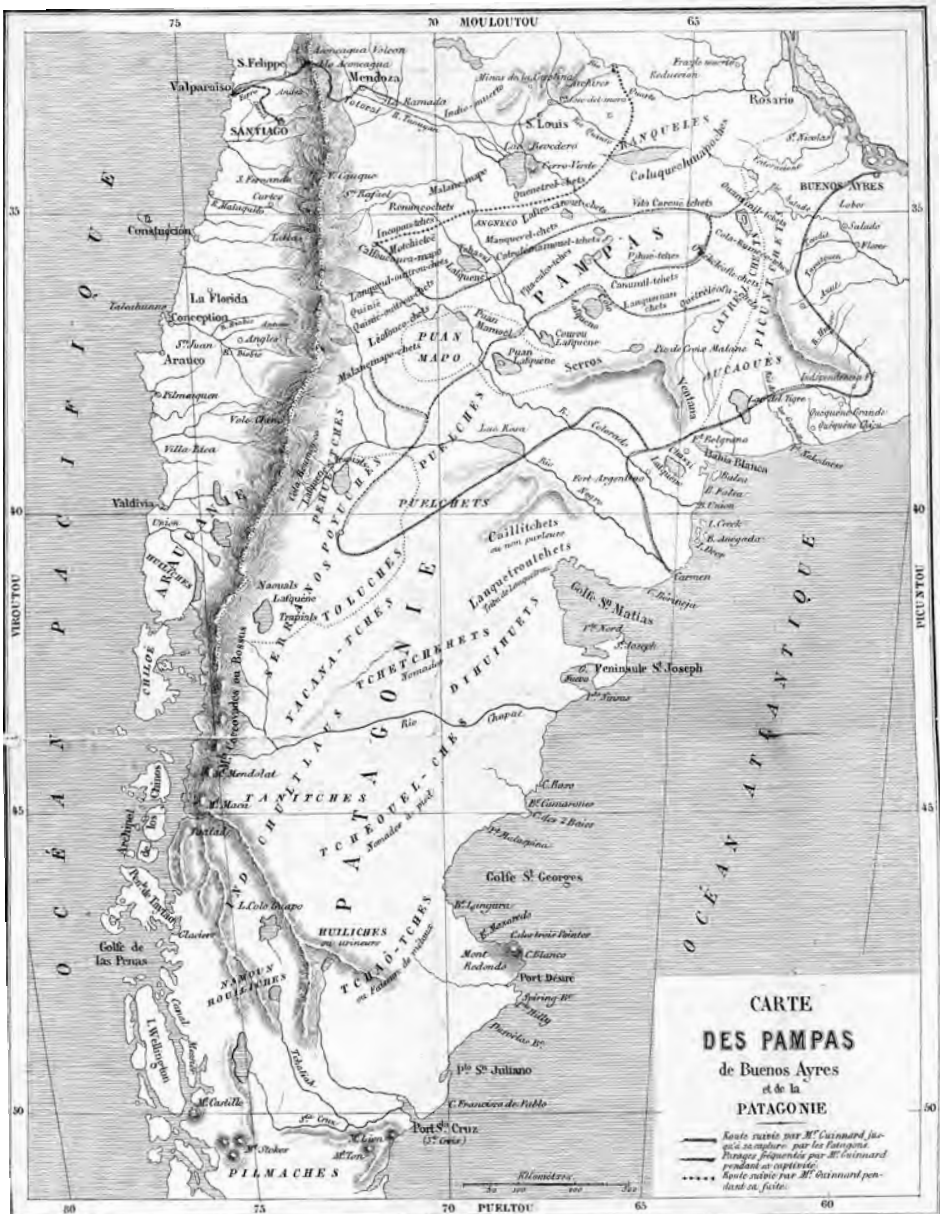
TRES AÑOS DE
ESCLAVITUD ENTRE
LOS PATAGONES

(RELATO DE MI CAUTIVERIO)

A la Señora Marquesa de Hautpoul

Si la palabra reconocimiento puede bastar a los corazones bien nacidos para expresar toda su profunda gratitud, permítame, señora, dedicarle estos recuerdos de mis sufrimientos pasados.

Dígnese, señora marquesa, al aceptar este débil homenaje, considerarlo como la prueba del mejor y más respetuoso recuerdo que se haya grabado en letras imborrables en la memoria del pobre viajero a quien usted ha tenido la bondad de honrar con su valioso y benévolo interés.



Imprimé chez M. L. Roussier, 11, rue de Valenciennes, Paris.

Tous droits réservés et toute réimpression expressément autorisée à l'auteur.

Paris, Imp. J. B. Baillière et Cie, 11, rue de Valenciennes.

AL LECTOR

Hace algunos meses, publiqué un sumario de mis aventuras en Patagonia en «*Le Tour du Monde*». La única causa que me impidió hacer desde un principio un relato completo fue el mal estado de mi salud. Sin embargo, no había renunciado a la realización de este proyecto que solamente hoy puedo realizar.

Los numerosos comentarios alentadores así como los consejos amables con los que se han dignado honrarme las personas más distinguidas, sea por su ciencia, sea por el elevado rango que ocupan, me han decidido a narrar los horribles sufrimientos que he aguantado durante mi largo cautiverio y a describir las costumbres y los hábitos de los diversos pueblos de los que he sido esclavo.

Este libro no tiene analogía alguna con los numerosos y novelescos relatos de viajes que adornan nuestras bibliotecas. Es sencillamente la obra de un viajero desventurado que pasó muchas pruebas y que, sin duda, jamás se hubiera atrevido a escribir de no mediar esa circunstancia.

Yo no he tratado de imitar, como muchos, sino que me he limitado pura y simplemente a hacer la narración escrupulosa de mis aventuras y de las costumbres y hábitos de los patagones, de los puelches, de los pampas y de los mamuelches, con quienes me vi obligado a vivir durante tres años y medio por una concatenación de desgraciadas circunstancias. El conocimiento de su idioma y el largo tiempo que viví su género de existencia, me pusieron en condición de considerarles desde su mismo punto de vista y así las diversas observaciones que he podido hacer podrán tomarse como término de comparación con tales o cuales escritores que me

abstengo de nombrar.

No me he dedicado más especialmente a la ciencia que a la literatura, pero como soy el único que hasta hoy ha podido penetrar tanto en el interior de la Patagonia, me hallo en condiciones de informar exactamente al lector sobre sus habitantes nómadas más que cualquier otro. Tengo la esperanza de que este relato de una de las terribles fases de mi experiencia ofrecerá algún interés y que la juventud emprendedora y experimentada, que cada año se expatría, llevada, como lo fui yo, tanto por la ambición como por la atracción de lo desconocido, encontrará en él una lección saludable.

En el mapa que figura al fin de este relato* he trazado un itinerario de los parajes en que he vivido durante tanto tiempo. El periplo que he delineado no puede ser, y no es, de una exactitud matemática, porque como he vivido en el más completo estado de desnudez, no he tenido a mi disposición los instrumentos adecuados para determinar las diversas posiciones de los sitios que he recorrido. Sin embargo, gracias a mi memoria fiel y al cuidado que siempre tuve de notar las diferentes direcciones que he seguido con los indios, mis amos, gracias también a la costumbre que adquirí de calcular las distancias recorridas con los incomparables caballos de esas regiones lejanas que galopan fácilmente desde la aurora hasta la tardía puesta del sol, obtuve como media veinticinco leguas por día, después de descontar lo debido a las dificultades del terreno. Por aproximada que sea esta medida, no está muy alejada de la verdad, y será posible convencerse de ello cuando sea posible penetrar en el interior de esas tierras, lo que no puede dejar de ocurrir algún día. Y también espero que sea posible reconocer los lugares que describo.

Se preguntará sin duda el lector, por qué ese mapa, está escrito en idioma desconocido. Es porque, conociendo el idioma de esos nómadas, he llegado a la certeza de que, hasta ahora no solamente se ha truncado el nombre de sus tribus, sino también que sólo se conoce un número pequeño de ellas. La ortografía de esos nombres difiere de la generalmente adoptada porque pienso que no solamente es necesario hacer conocer esas denominaciones diversas, sino que es útil, por lo menos, conservar su verdadera pronunciación indígena.

Puesto que mi liberación fue tan súbita como imprevista, no he podido traer ningún objeto de recuerdo de mi penoso viaje, de suerte que muchas

* reproducido en la página 2 de esta edición.

personas se resisten a creer la posibilidad de mi regreso después de semejantes pruebas, y algunas han parecido poner en duda las crueles y tristes peripecias de mi viaje excepcional. No ha sido tal, sin embargo, la opinión de muchos hombres de ciencia y particularmente del finado M. Jomard, miembro del Instituto, quien, perfectamente informado al respecto, se dignó darme la más bondadosa acogida. Aquel hombre ilustre, que hasta la edad más avanzada conservó la plenitud de sus facultades y cuyo corazón siguió siendo joven hasta el último instante y lleno de un entusiasmo tan generoso por los viajeros experimentados, me honró con sus buenos consejos. Además, me incitó a hacer un relato, para el cual tuvo a bien prometerme su preciosa cooperación. Pero, desafortunadamente, no iba a tener yo la fortuna de gozar de semejante favor, porque poco después la muerte le sorprendió en medio de sus tareas y le arrancaba al mundo científico del que había sido tan digno representante.

A.G.



A.G. listo para el viaje

CAPÍTULO PRIMERO

CIRCUNSTANCIAS DE MI SALIDA PARA MONTEVIDEO Y CON QUÉ FIN EMPREDÍ ESTE VIAJE.

En 1855, yo tenía sólo veintitrés años, muy poca experiencia, algo de ambición y por encima de todo afición por los viajes. Desde mi más tierna infancia me había sentido como electrizado por el relato de los viajes de mi abuelo materno, Ulliac de Kvallant, oficial de marina que, a los veintidós años, ya había recorrido tres veces el trayecto de las Grandes Indias y a quien la fortuna se había dignado favorecer con una de sus más graciosas sonrisas. Más tarde la lectura desarrolló en mí esa pasión de una manera más pronunciada. La fe que tenía en mi triunfo en tierras lejanas era tal que, considerando que no tenía un porvenir a mi gusto, tomé repentinamente la fatal decisión de expatriarme por algunos años, con el propósito de emplearlos tan fructíferamente como fuese posible, tanto en provecho de mis recuerdos como de mi bolsa. Soñaba con la felicidad que experimentaría si pudiese acabar con los inexorables golpes de la mala suerte que caían sobre mi familia, y esta idea bastaba para consolarme de la dolorosa separación que me imponía a mi mismo.

No anuncié mi resolución a mis padres sino unos pocos días antes de mi partida. Fue una triste sorpresa para ellos. Pero por más esfuerzos que hicieron por disuadirme de realizar este proyecto, no consiguieron que dejase yo de persistir en mi resolución. Después de recibir la visita de mi querido hermano, que había venido a despedirse y a darme también él adiós de todos mis parientes, me embarqué en Le Havre, en el mes de agosto de 1855, con destino a Montevideo.

Nos hicimos a la vela con un tiempo magnífico, pero que cambió de tal manera a partir de la noche siguiente que durante toda una quincena

quedamos expuestos a la voluntad de las olas furiosas de la Mancha, pese a todos los esfuerzos que se hicieron para entrar en el océano Atlántico. Por fin, el décimo-sexto día, cambió el viento, se aplacó el mar, y comenzamos a hacer buen viaje.

Parecía que a medida que nos alejábamos el tiempo se hacía más radiante. De esa manera navegamos hasta la desembocadura del Plata sin haber tenido que temer el más leve peligro. Sin embargo, no íbamos a llegar a destino sin que tuviese yo ocasión de darme cuenta de la horrible situación en que a veces se encuentran los navegantes. Pues al entrar en el Plata, experimentamos la más terrible tormenta que se pueda imaginar. Fuimos arrojados sobre el *banco inglés*, donde estuvimos a punto de perecer. Si nos salvamos fue gracias a la gran solidez del navío, que afortunadamente era nuevo y a la sangre fría de nuestro hábil capitán, quien supo reanimar la energía de sus hombres, un tiempo paralizados por el temor.

Una vez pasado el peligro y restablecida la calma a bordo, pude oír de nuevo los hombres de la tripulación hablando entre ellos de sus proyectos de descanso y de placeres. Yo no cesaba de hacerles preguntas sobre Montevideo, donde tantos otros que habían llegado antes que yo, tuvieron la fortuna de ver realizarse sus deseos. A los deseos de toda suerte que yo formulaba se sumió la febril impaciencia de pisar por fin el suelo americano que me decían que era tan maravilloso.

Pero apenas desembarqué cuando fui presa de una especie de presentimiento de mal augurio, pues se ofrecieron a mi vista espesos remolinos de humo y los primeros ruidos que oí, a las puertas del Nuevo Mundo, fueron los de una intensa fusilería unidos con los de unos cañonazos.

Llegué precisamente a tiempo para ser testigo de una de esas insurrecciones tan frecuentes en las repúblicas del Plata. Bajé a tierra a la mañana siguiente y pese al estado de disensión del país, me sentí muy contento al trabar conocimiento con un pueblo tan nuevo para mí cuyo idioma despertó en seguida toda mi simpatía.

Conseguí a duras penas que me admitieran en una hostería de modesta apariencia, la primera que encontré y cuya puerta estaba fuertemente atrancada por dentro. Aunque había hecho una travesía muy feliz, experimentaba la mayor necesidad de descanso, pero me fue imposible dormir por los gritos del populacho y por un fuerte tiroteo. Al día si-

guiente, me desperté con la aurora impulsado por un ardiente deseo de recorrer la ciudad. Me atreví a salir, a pesar de las exclamaciones caritativamente hostiles de mi huésped, quien en un principio temía perder a un pensionista. Pero en cuanto tuvo la garantía de que le dejaba en depósito todo mi equipaje, fue el primero en explicarme el escaso peligro que había en recorrer las calles durante el día. Decía verdad, pues, a pesar de los gritos y del tiroteo, la mayoría de los habitantes estaban fuera para hacer sus compras.

Tardé poco tiempo en recorrer las calles principales, atestadas de soldados, casi todos negros, en harapos y descalzos, con el aspecto de una verdadera horda de bergantes, que más parecían impulsados por el temor a los golpes que solían recibir, que por hallarse sometidos a cualquier disciplina y a quienes se puede atribuir de seguro la mayor parte de los crímenes y desórdenes que se cometen en esos momentos de disturbio.

En estos países lejanos son escasos los hombres que perecen en un combate leal, porque las contiendas son verdaderamente irrisorias. Las numerosas víctimas que sin embargo se cuentan, tienen por causa la venganza, que parece facilitada por la oscuridad de las calles, las cuales en su mayoría no tienen alumbramiento. Es frecuente, aun en tiempo de paz, sentir por la noche los gemidos de algún desdichado retrasado que desdichó de recurrir a los serenos o veladores de noche, pues éstos, mediante una retribución, ilícita a decir verdad, lo hubieran acompañado de consigna en consigna hasta su domicilio. Estos veladores llevan en la mano izquierda una linterna y tienen una lanza en la derecha. Un sable completa su armamento. Deben velar por la seguridad de los habitantes y gritar por las calles las horas y variaciones del tiempo. Pero el sentimiento del deber es para ellos una cosa tan secundaria que ocurre con frecuencia que se niegan a acompañar a los ciudadanos que no les ofrecen algún dinero. Y muchos de ellos llevan a tal punto el amor a los bienes terrenales que no vacilan en despojar a aquellos que acompañan gratuitamente.

Al cabo de un mes y medio de permanencia en Montevideo, durante la cual visité todos los alrededores, el mal estado de los asuntos generales no me permitió emplear fructuosamente el tiempo y me fue imposible dirigirme por tierra, fuese a Asunción, fuese al Brasil, por lo cual me decidí a dirigirme hacia Buenos Aires, viaje que efectué en una noche con el barco de vapor. Encontré una ciudad desunida, ella también, por una

guerra intestina cuyo fin no se podía prever todavía, lo cual me impidió, lo mismo que en Montevideo, utilizar mis cartas de recomendación.

Puesto que allí la vida de los extranjeros estaba en peligro, tuve que alejarme nuevamente. Pensé primero en la ciudad de Rosario, donde se citan en general los europeos. Pero como no quería reprocharme más tarde haber actuado con demasiada precipitación, recurrí a todos los medios imaginables con el fin de crearme algunas relaciones con los comerciantes. Todas mis tentativas resultaron vanas y después de explorar todas las provincias argentinas, volví a mi primera idea de dirigirme hacia Rosario.

Estábamos ya en el mes de febrero de 1856. Puesto que el invierno comienza en el mes de junio, ya no me quedaban más que tres meses para hallar un lugar dónde instalarme. Visité primero en el sur de la Confederación Argentina, Carmen sobre el Río Negro, el fuerte Argentino y Bahía Blanca, luego erré por todos los distritos bonaerenses, muy dispersos a partir del Río Quequén. Este río es muy pocas veces trazado y más escasamente aún indicado en los mapas. De esa manera recorrí en vano el Tandil, el Azul, el Bragado Grande, el Bragado Chico, Mulita y hasta las menores chozas y fincas que enlazan a estas diversas poblaciones demasiado alejadas unas de otras para formar una frontera propiamente dicha.

Me di cuenta de que había esperado en vano encontrar buenas oportunidades en este suelo tan poco hollado por los europeos, entonces quise poner en ejecución mi primer proyecto. Con ese fin, volví a Quequén Grande para abastecerme de las provisiones necesarias para semejante viaje, recibiendo en el camino la hospitalidad de los estancieros o granjeros especialmente dedicados a la cría y al tráfico del ganado.

De regreso en Quequén, encontré a un italiano llamado Pedrito, extraviado, como yo, en este distrito lejos de todo. No tardamos en trabar conocimiento. Conversando, descubrimos que habíamos llegado a América con sólo unos días de diferencia, impulsados los dos por el vivo deseo de crearnos una posición decente y que en vista de las numerosas dificultades que nos habían sorprendido al desembarcar, los dos habíamos formado el mismo proyecto de ir a Rosario. Desde entonces no pensamos más que en reunirnos para emprender este viaje, tanto más difícil cuanto que ambos ignorábamos todavía el idioma español y no sabíamos montar a caballo y por lo tanto no podíamos conseguir guías ni caballos, lo que nos obligó a viajar caminando.

Reunimos nuestros recursos pecuniarios y compramos armas y pertrechos suficientes para un mes. Cada uno llevaba cinco libras de pólvora, quince libras de plomo, algunas provisiones de boca y una serie de objetos de recambio.

No ignorábamos que nos esperaban peligros y dificultades sin número, pero estábamos decididos a afrontarlo todo. La única precaución que tomamos fue comprar una brújula con cuadrante solar y establecer un plan de ruta, en el cual se indicaba cada jornada del recorrido. Después partimos, con la confianza que infunde a la juventud mucha resolución y mucha esperanza.

El 18 de mayo de 1856 fue cuando dimos las primeras pisadas sobre el suelo desierto de la Pampa, en la dirección Oeste que debíamos seguir solamente hasta la Sierra Ventana¹.

Pero, tal como lo he dicho ya, esa época del año, que coincide con el invierno de aquellas regiones, nos hacía temer más tiempo malo que bueno.

En efecto, al día siguiente de nuestra partida, nos azotó cruelmente una lluvia torrencial que arreciaba todavía más con un viento violento y glacial procedente de las profundidades de la Patagonia. Este mal tiempo duró cuatro días mortales, durante los cuales tuvimos que echarnos sobre la tierra mojada para descansar, sin que nos fuera posible cazar ni encender fuego. Resultó muy difícil proteger nuestras armas, de las que dependía nuestra existencia durante el curso del largo viaje que apenas comenzábamos y que ya se anunciaba penoso y peligroso.

Fue sólo al atardecer del cuarto día cuando cesó la lluvia y cuando de modo muy oportuno apareció un rayo de sol que reanimó nuestro ardor y nos permitió secar nuestra ropa. Durante estas pocas horas de descanso, nos fue posible admirar las inmensas llanuras verdes y tupidas que se desarrollaban a nuestra vista hasta el horizonte sin límites y cuya belleza resaltaba con la puesta del sol.

Antes de que cayera la noche nos vestimos con la ropa que estaba ya perfectamente seca y pudimos aprovechar de lo fácil que era la caza de las vizcachas² para conseguir nuevas provisiones, porque ese mismo día ha-

1 De Quequén a Sierra de la Ventana la dirección sí es Oeste, pero Rosario queda al Norte.

2 La vizcacha o *truli* en indio, es muy común al sur de Buenos Aires. Este animal cava cuevas como los conejos, con muchas salidas cercanas unas de otras y que generalmente conducen a unos caminos. Habita en familia, y consume la hierba de los alrededores. No es raro encontrarlo en los huertos donde causa grandes daños o también en los campos sembrados. Sólo sale de noche, en el momento del crepúsculo, sin alejarse mucho de su cueva. Su longitud varía de 20 a 25 pulgadas, sin comprender la cola. Tiene el cuerpo

bíamos agotado lo poco que nos quedaba de nuestro pan empapado por la lluvia. Recobradas las fuerzas y afianzado el ánimo, consultamos nuestro plan de ruta y la brújula y tomamos entonces la dirección Sureste³ que nos indicaba, perfectamente convencidos de que así seguíamos en dirección a Rosario. Nuestra marcha se hacía cada vez más difícil, pues la dificultaba una masa compacta de altas hierbas que, al obligarnos a alzar desmesuradamente las piernas, nos cansaba sobremanera. Además, la tierra muy mojada dañaba y agrandaba de tal modo nuestros zapatos que a menudo estábamos a punto de perderlos. Esto fue efectivamente lo que nos sucedió durante la noche siguiente y con la oscuridad más completa, mientras estábamos cruzando un lodazal, del que conseguimos salir a duras penas. Puesto que nos había sido imposible encontrar zapatos de repuesto antes de partir de Quequén Grande, desde entonces nos vimos reducidos a pisar descalzos, un suelo a menudo erizado de piedras angulosas o de espinas y además con un frío cuya intensidad aumentaba cada vez más.

A la mañana del quinto día habíamos recorrido una distancia bastante grande, a pesar de las numerosas dificultades que parecían oponerse a nuestra marcha. Por la noche encontramos un río estrecho, profundo y encajonado en un terreno a pique. No teníamos más remedio que cruzarlo. Descender al borde del agua fue un verdadero trabajo, en vista de la elevación de la barranca escarpada. Dedicamos el resto del día a buscar un paso para llegar a la orilla opuesta. Cuando conseguimos encontrarlo era ya demasiado tarde, y estábamos tan agobiados por el cansancio que preferimos postergar la travesía para el día siguiente. Además, la orilla en la que estábamos parecía ofrecernos un abrigo más seguro que la otra contra el viento glacial que no cesaba de soplar con violencia.

Para garantizarnos completamente de la temperatura fría y húmeda, tomamos la decisión de excavar con los cuchillos, una cueva en el flanco de la barranca escarpada. Acabado este trabajo, tomamos la precaución de quemar en el interior un montón de ramas para secar las paredes. Después de saborear una excelente cena, compuesta de un pernil de gamo, producto de nuestra caza, nos instalamos en el reducto que había conservado calor y que parecía prometer a nuestros cuerpos vencidos por la fatiga una deliciosa noche de descanso.

rechoncho, la cabeza ancha y mofletuda, las orejas y los ojos grandes, el hocico redondeado y velludo y la boca y los dientes como los de la liebre. La parte anterior de su cuerpo es mucho más alta que la parte trasera. Tiene unas cerdas muy largas y de gran dureza a manera de bigotes. La carne de este animal es muy blanca, muy tierna, pero también muy insípida, aunque buena para comer cuando está bien preparada. (*N. del A.*)

3 Desde Sierra de la Ventana Rosario queda al NNE (015) 600 Km.

Pero, desgraciadamente, nunca se piensa en todo y nuestra gran preocupación de bienestar hizo que no habíamos prestado atención alguna a la crecida de las aguas, que ya se había notado durante el día. Apenas habíamos cerrado los párpados cuando la cueva, de pronto invadida por una fuerte corriente de agua con remolinos, estuvo a punto de convertirse en nuestra tumba. Como afortunadamente estaba sólo a punto de dormir, me dio tiempo de despertar a mi compañero y tomamos nuestras armas para huir. Pero escapar no era cosa fácil para dos hombres así sorprendidos por el peligro en el momento de su primer sueño. Tuvimos que abrirnos un paso en medio de las aguas furiosas y de las tinieblas. Utilizamos nuestros puñales a modo de escalones, para franquear una escarpadura elevada que, golpeada en su base por la inundación, amenazaba con derrumbarse sobre nosotros a cada movimiento un poco brusco de nuestra parte. Nuestra sangre fría no fue suficiente, también fue preciso que la Providencia nos ayudara, porque a pesar de la inminencia del peligro tuvimos la fortuna de llegar sanos y salvos a lo alto de la barranca, provistos de todas nuestras armas.



Lo único que tuvimos que deplorar fue la pérdida de una parte de las municiones, de nuestra pólvora y de unos cuantos objetos de recambio que teníamos. Vimos cómo fueron presa del torrente impetuoso. Esa noche, comenzada bajo tan tristes auspicios, terminó, sin embargo, en un sueño profundo. Al día siguiente, cuando despertamos, el recuerdo del peligro pasado nos hubiera alentado en vez de desanimarnos, pero tuvimos que esperar durante dos largos días de privación absoluta y de hambre que bajasen las aguas para permitirnos cruzar el río.

Sólo al tercer día intentamos el paso, después de haber hecho un hato con nuestra ropa y de colocarlo sobre la cabeza. Nadábamos con una mano, mientras que con la otra nos esforzábamos por mantener nuestras escopetas y pistolas fuera del agua, cosa nada fácil de ejecutar. La corriente, de una fuerza extrema, nos llevó a un remolino donde estuvimos a punto de perecer los dos. Cuando por fin llegamos a la ribera opuesta, estábamos ya al límite de nuestras fuerzas. Sin embargo, tuvimos la suerte de poder encender una buena hoguera de raíces que reanimó nuestros miembros adormecidos e hizo secar nuestra ropa y nuestras armas que revisamos con el mayor cuidado.

Por una parte, estas pruebas dolorosas aumentaban la confianza en nuestras propias fuerzas y nuestro desprecio por el peligro, pero por la otra hacían más lenta nuestra marcha. Además, ya teníamos los pies ensangrentados y nos hacían sufrir tanto más cruelmente cuanto que no teníamos medio alguno de defenderlos contra las asperezas del suelo ni contra los efectos de la helada. Hacia la mitad de la jornada, sin embargo, como tuvimos la feliz suerte de matar a una gama hembra⁴ que asamos, un poco de alegría se sumó a nuestra comida y la hizo deliciosa. Con el cuero de ese animal tratamos de hacernos unas sandalias, pero este calzado delicado que, además, no bastaba para defendernos de las piedras y las espinas, se desgarró rápidamente. Ni siquiera sirvió para aliviar el efecto del frío intenso sobre nuestras llagas vivas. Estábamos ya en la incapacidad de acelerar el paso, entonces resolvimos, a fin de no prolongar demasiado nuestro viaje, que caminaríamos de día y de noche concediendo sólo el tiempo estrictamente necesario a las necesidades imperiosas del sueño y del hambre.

A pesar de este cálculo económico, nuestras provisiones se agotaron rápidamente sin que nos fuera posible reemplazarlas, porque habíamos

4 *Gsiayu-u de Azara: cervus campestris* de F. Cuvier. Especie de corzo, que difiere de la especie europea por su garganta blanca. (*N. del A.*)

penetrado en un campo o espacio de pampas al suroeste de unas montañas que se unen a la Sierra Ventana por los accidentes de un terreno de naturaleza calcárea, donde con nuestros ojos codiciosos de viajeros hambrientos, no descubrimos rastro alguno de animales ni de vegetación.

El día entero pasó lentamente sin dejarnos entrever el menor átomo que pudiese calmar nuestra hambre y nuestra sed. Llegada la noche, puesto que no encontramos ningún lugar para abrigarnos, nos vimos reducidos a acostarnos en el suelo pedregoso y blanco de escarcha. A los tormentos atroces que nos hacía experimentar el hambre sucedió la inercia más completa. Gracias a Dios, a pesar de todo, la ardiente fiebre que padecíamos nos cerró los párpados con un sueño de plomo, durante el cual nuestros miembros doloridos y agobiados de cansancio cobraron nuevas fuerzas. Al despertar, reanudamos nuestra triste peregrinación a través de unas llanuras salitrosas y cubiertas de numerosos estanques salados de poca profundidad, cuyas aguas infectas, con sabor a cobre, se estancan sobre un lecho de fango negro y nauseabundo en el cual desaparecen, a veces, los animales atraídos por la sed y engañados por la transparencia del agua.

Sobre esos lagos se encontraban miríadas de *fenicópteros* de cuello largo, de cuerpo estrecho y sin cola, de patas muy altas y cuyas alas del más vivo punzó se destacaban resplandecientes sobre la blancura de todas las demás plumas. Cuando nos acercamos, les vimos alzar el vuelo simultáneamente, con el cuello estirado, con las largas patas juntas hacia atrás a modo de timón, y huir silenciosamente con la velocidad y la ligereza de una flecha, a la que mucho se asemejan. Quise cazar algunos, pero como falló la carga de mi escopeta, no lo pude conseguir.

Aunque teníamos los pies con llagas profundas y llenos de espinas, las angustias del hambre nos habían hundido en tal estado de sobreexcitación y delirio que apenas prestábamos atención al doloroso contacto con la tierra helada. En las entrañas padecíamos sufrimientos mil veces más horribles que la muerte.

En los breves instantes de descanso que nos dejó aquel día largo y cruel, comimos tierra y las primeras raíces que se nos ofrecieron, sin que pudiésemos apagar nuestra sed que parecía aumentar con el espectáculo continuo de los lagos salinos. Mi compañero, aunque mucho más robusto que yo en apariencia, experimentó más pronto los terribles efectos del

hambre, y como también había recurrido más pronto que yo a los recursos extremos que he mencionado, estaba presa de tales sufrimientos que se revolcaba por el suelo, soltando gritos desgarradores que ya no tenían nada de humano. No llegó la noche sin que yo me viese a mi vez llevado a ese triste estado. Nos reprochábamos mutuamente el viaje, en los términos más amargos o bien, en los breves intervalos en que parecía que no nos dominaba el sufrimiento, quedábamos como si fuésemos hundidos en una dulce beatitud cercana al éxtasis y con lágrimas en los ojos, nos pedíamos recíprocamente perdón por nuestros improperios.

La noche siguiente no trajo el sueño a nuestros sentidos torturados. Quedamos con los ojos abiertos mirando al desierto y con el pensamiento concentrado en nuestra triste situación. Al día siguiente, el tercero de ayuno, la prueba fue aún más terrible. Los dos delirábamos. Llegamos a amenazarnos y a golpearnos. Nuestra marcha fue lenta y a menudo interrumpida por el cansancio. Era tal nuestra sed que, a falta de agua, recurrimos hasta tragar unos guijarros y para apaciguarla llegamos al medio extremo y repugnante que mencionan tantos relatos de naufragos. Cuando el terreno estaba húmedo de escarcha, empapábamos la ropa para retorcerla después sobre la boca. Cediendo de nuevo a la rabia del hambre, comimos raíces que no conocíamos, cuyo gusto era repugnante y que nos causaron graves indisposiciones.

Llegó la noche después de este día interminable y el único alivio que pudimos dar a nuestros sufrimientos fue un poco de fuego, cebado por unas pocas espinas rebuscadas aquí y allá sobre el suelo de la pampa. Sentados tristemente junto a nuestra humilde fogata, demasiado débiles para aguantar más tiempo la horrible prueba de las angustias del hambre, al extremo ya de las fuerzas y de la esperanza, los dos sentimos nacer la terrible tentación de poner fin a nuestros sufrimientos. Mientras preparábamos nuestras armas con este fin, empezamos a pensar con amargura en el hogar familiar, en los seres queridos a quienes que ya no volveríamos a ver.

Aquellos recuerdos nos incitaron a elevar nuestra alma a Dios. La invocación de su nombre hecha en voz alta nos hizo sentir hasta qué punto la cobardía se había apoderado de nosotros. Nuestro ánimo cobró un nuevo vigor con el rezo y a lo más hondo de la desesperanza sucedió el sopor. Aquella noche dormimos. Nuestro despertar fue menos triste que los anteriores. Nos sentimos más descansados aunque extremadamente

débiles. Con nuestras piernas cansadas, magulladas y arañadas, no avanzábamos sino muy lentamente.

Sin embargo seguimos caminando, aguijoneados por la necesidad de alimentarnos. Algunas horas más tarde tuvimos por fin la suerte de constatar un cambio en la naturaleza del suelo que ya era arenoso y sembrado de *generiums-argentinus* o *cortaderas*, en idioma indio *koëny*, que son matas altas de hierbas que se suelen encontrar a proximidad de los estanques y de los ríos. El terreno se hacía menos duro para nuestros pies ensangrentados y un poco más lejos, llegamos efectivamente a un estanque donde pudimos apagar nuestra árida sed. Eso ya era mucho, pero a este primer hallazgo teníamos que añadir otro, algo de comer. Pues esta agua que nos había proporcionado tanta alegría y que nos había aliviado nos iba a hacer aún más inaguantable la impresión de hambre. Por lo tanto, nos pusimos a inspeccionar el contorno del estanque, dirigiéndonos cada uno hacia una dirección opuesta para encontrarnos de vez en cuando.

Después de una primera exploración infructuosa, volvía yo anonado, desalentado, cuando sentí un ruido detrás de mi, en medio de las altas hierbas. Al volver la cabeza, divisé un puma que espiaba mis movimientos y que parecía dispuesto a abalanzarse sobre mi. Aunque este animal dista



mucho en su dimensión y en su aspecto del león de Africa, nombre que le dieron los Americanos, mi primera impresión fue el pavor y la segunda fue de disparar sobre este morador del desierto. Lo alcancé en pleno pecho. Enfurecido por la herida, se arrastró hacia mi sacando las garras y tratando de asirme. Afortunadamente le faltaron las fuerzas y me fue fácil acabarlo con mi puñal. Mi compañero acudió al ruido del escopetazo. El resultado de mi caza fue para él una agradable sorpresa y me felicitó con

toda sinceridad, cerciorándose antes que todo que la sangre que me cubría las manos no era la mía.

Desollamos el puma en pocos instantes y después lo destripamos, teniendo cuidado de mantenerlo de espaldas para no perder la sangre que bebimos en el cuerpo mismo. Unos instantes más tarde, acurrucados junto a un fuego de malezas, sobre el cual asamos o mejor dicho chamuscamos, los pedazos de puma, nos hartamos con voracidad de esa carne a la vez grasienta y correosa pero que nos pareció exquisita.

Después de tantas fatigas y privaciones, un descanso de uno o dos días nos pareció indispensable. El lugar en que estábamos era favorable. Hicimos alto allí.

Gracias a las numerosas matas de *generium* que rodeaban el estanque, nos fue fácil abrigarnos y hacernos un lecho más blando que la tierra helada. Se nos quitó la fiebre, pero empeoraba el estado de nuestros pies. No podíamos ponerlos en tierra sin tener la impresión que pisábamos trozos de cristal. Después de haberlos envuelto como mejor supimos, con jirones de nuestra ropa interior, juzgamos prudente, a pesar de todo, reanudar el curso de nuestro desventurado viaje, utilizando nuestras escopetas como bastones hasta que nuestras llagas se calentaran lo suficiente para adormecer los dolores que nos causaban. Tratamos con empeño de distraernos haciendo proyectos para el día feliz en que llegaríamos por fin a nuestro destino.

De esta manera, caminamos tres días más, durante los cuales tuvimos la fortuna de matar una liebre y un gamo que bastaron para las descomedidas necesidades de nuestros estómagos, sobre los cuales el aire vivo del desierto actuaba de una manera casi tiránica. En vez de lamentarlo, nos regocijábamos sobremanera, porque la naturaleza del país, por su rica apariencia, presagiaba una caza abundante.

Pero estaba escrito en las alturas que todas las desventuras caerían sobre nosotros una tras otra, y que en vano superamos los terribles tormentos del cansancio y del hambre, pues nos esperaba todavía una prueba más cruel. La brújula, objeto tan precioso para nosotros, se había estropeado en las aguas del torrente donde estuvimos a punto de perecer. Desde entonces, por una extraña fatalidad, no se había mostrado el sol y no habíamos podido remediar ese grave inconveniente. Con el cuerpo y con el espíritu cansados, hasta entonces nos habíamos contentado con una simple

ojeada al instrumento cuya aguja estaba tomada de orín en su engaste. Desde hacía mucho ya no existía mi plan de ruta, cuando al reaparecer el sol, nos dimos cuenta de que nos habíamos extraviado, pues habíamos seguido la dirección suroeste, que era diametralmente opuesta al punto hacia el cual debíamos dirigirnos. En vez de costear el territorio indio, nos habíamos metido completamente en él desde hacía tiempo.

Aunque esta certidumbre era abrumadora, a pesar de todo intentamos cambiar de dirección, acercándonos a las montañas que divisábamos a lo lejos delante de nosotros, pues nos parecía que encontraríamos más seguridad en ellas. Tuvimos la fortuna de cruzar un arroyo que habíamos franqueado ya el día anterior y llegamos a las montañas antes que el tiempo, amenazador desde la mañana, se pusiera malo. Pudimos construirnos un pequeño refugio en uno de los repliegues del terreno, utilizando las numerosas piedras llanas que cubrían el suelo en aquel lugar. Durante cuarenta y ocho horas, asediados por una espantosa tormenta, quedamos agazapados, con algunas provisiones provenientes de nuestras últimas cazas, sin poder aventurarnos fuera, porque la lluvia y las ráfagas de viento provocaban la caída de verdaderos aludes de piedras en todas las pendientes rocosas que nos rodeaban.

Apaciguada la tormenta, encontramos materiales para hacer un buen fuego en las numerosas espigas de *mameil ceton*⁵ que erizaban el suelo, las cuales llevaban rastros de un incendio precedente. Fue para nosotros una prueba evidente de la proximidad de los indios, porque no ignorábamos que suelen incendiar así los campos que abandonan.

Antes de seguir la nueva dirección que adoptamos, después de arreglada la brújula, era urgente renovar nuestras provisiones para seguir caminando y, por consiguiente, teníamos que volver a la llanura donde a

5 *El mamuel ceton* o *careu ceton* es una especie de cardo, al que los indios dan uno u otro de esos nombres según esté verde o seco. Verde se llama *careu ceton*, seco *mamuel ceton*. Este cardo, muy común en ciertos parajes donde crece con gran rapidez, difiere totalmente del que conocemos en Francia. Es un tallo redondo muy recto, que alcanza a menudo más de dos metros de altura y cuyo diámetro varía de una a dos y aun dos y media pulgadas. Está armado, por así decirlo, en toda su longitud, de hojas largas y estrechas que tienen forma de ángulos agudos y se hallan erizadas por una gran cantidad de espigas. Este tallo está coronado por una aglomeración de hojas diminutas que tienen el aspecto de una bola. Los indios son generalmente muy aficionados a esta planta que, en los comienzos de su crecimiento, les sirve de mucho para la preparación de ciertas comidas, como: el *chafis ceton*, mezcla de leche y pequeños trozos del tallo de este cardo que hacen fermentar y que es para ellos un plato deleitoso que comen tan a menudo como les es posible; 2 el *hilo ceton*, cardo cocido en las cenizas y siempre mezclado con carne cruda o a medio cocer. Lo comen también crudo y yo mismo me he deleitado a veces con él, pues en su estado natural le encontraba mucha analogía con el apio. Cuando está seco, este gigantesco cardo cuyo tallo se ha ahuecado y endurecido, sirve de *mamuel* –leña– a los indios de la llanura que durante las tres cuartas partes del año no tienen otro combustible que el *mey-vaca* o *mey potro*, estiércol seco de vaca o de caballo, o también *foros* y *yeuine*, es decir, huesos y grasa. (N. del A.)

nuestra vista una gran cantidad de gamas descansaban al sol de la mañana. Muchas levemente heridas, se nos escaparon gracias a la distancia y a su agilidad. Una sola, herida por dos balazos, nos pareció incapacitada para huir muy lejos. Nos lanzamos en su persecución con todo el ardor que nos permitía la debilidad de nuestras piernas. Ya se hacía visiblemente más lenta su carrera, lo que acrecentaba para nosotros la esperanza de apoderarnos del animal, cuando de pronto, a la vuelta de una eminencia, vimos, con terror, una partida de indios que estaban evidentemente sobre la pista de una presa cualquiera, hombre o animal.

Lo mejor que podíamos hacer era volver a la montaña y a nuestra choza. Tuvimos bastante suerte para ejecutar este movimiento de retirada sin ser vistos. Durante dos largos días, agazapados en nuestro escondite, temiendo ser descubiertos de un momento a otro y asaltados por un enemigo salvaje y sin piedad, no tardamos en sentirnos asediados por el hambre. Con la obligación de intentar a pesar de todo una salida al tercer día, para renovar nuestra caza, recobramos la confianza y la esperanza al disparar a poca distancia sobre una gama de bastante buen tamaño. Yo la estaba cargando a hombros, cuando los indios, muy numerosos esta vez, surgieron como por arte de magia de todos los repliegues del terreno y nos rodearon manifestando un júbilo feroz, lanzando gritos guturales mientras blandían sus lanzas, sus *boleadoras* —en idioma indio *locayos*— y sus lazos.

Nada me pareció más extraño ni más siniestro que el aspecto de esos seres semidesnudos, montados en unos caballos fogosos que manejaban con salvaje presteza, así como el color cobrizo de sus cuerpos robustos, sus cabelleras espesas y desaliñadas que les caían sobre el rostro y que no dejaban ver en cada movimiento brusco más que un conjunto de facciones horrosas, a las que se añadían pinturas de colores vivos, lo cual daba una expresión de ferocidad infernal.

El resultado de una lucha entre nosotros y aquella pandilla no podía ser dudoso, pero, juzgándonos perdidos sin esperanza, mirando de frente a la muerte, nos estrechamos la mano, animándonos mutuamente a una buena defensa común y luego disparamos sobre los más avanzados de nuestros enemigos. Uno de ellos, más gravemente herido que algunos de sus compañeros, cayó del caballo. Pero su caída no contuvo a los demás que se lanzaron en masa sobre nosotros, mientras que nos apresurábamos

por recargar las armas. Mi camarada, abrumado por el número y acribillado de heridas, cayó para no levantarse ya.

Por mi parte, vivamente acosado, una lanza que había tratado desviar del pecho, acababa de atravesarme el antebrazo izquierdo, cuando una de esas bolas de piedra de que se sirven igualmente los gauchos, sea para derribar a los caballos salvajes en lo más veloz de su carrera, sea para matar de un golpe a los bueyes, me alcanzó en plena cabeza y me hizo rodar inanimado sobre el suelo. Recibí aún otras heridas y contusiones, pero sólo tuve conciencia de ellas cuando salí de mi desvanecimiento y cuando traté de incorporarme sin conseguirlo.

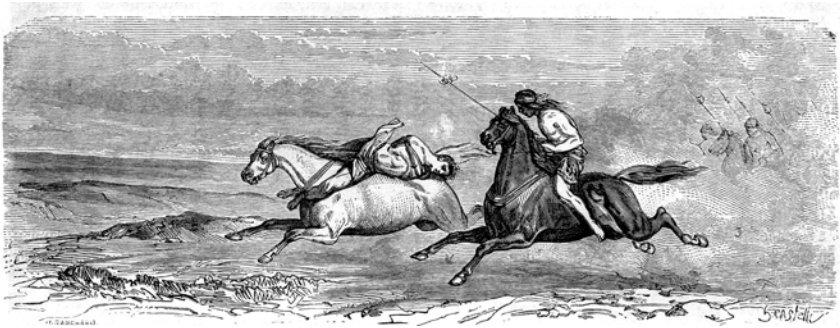


Los indios que me rodeaban, al ver mis movimientos convulsivos, se disponían a acabar con ellos, matándome, cuando uno de ellos, juzgando, sin duda, que un hombre tan duro para morir sería un esclavo útil, se opuso a ese designio. Ese hombre, después de haberme despojado de todo, me ató las manos a la espalda, me puso después sobre un caballo tan desnudo como yo, y me sujetó estrechamente a él por las piernas.

Entonces comenzó para mí un viaje verdaderamente terrible, y renové, a un siglo y medio de distancia, en el otro extremo del mundo, la

carrera espantosa de Mazeppa⁶. La pérdida continua de sangre me causó una sucesión de agonías y desmayos, durante los cuales me veía bamboleado de un lado a otro como un fardo inerte, al galope de un caballo salvaje agujijoneado por sus bárbaros amos.

¿Cuánto duró este suplicio? No lo sé. Lo único que recuerdo es que al fin de cada día se me dejaba en tierra sin desatarme las manos. Los



indios temían, sin duda, a pesar del triste estado en que me encontraba, alguna tentativa de fuga o de suicidio por mi parte. Durante todo ese largo viaje, que me pareció una eternidad, no comí nada, aunque los indios me ofrecían raíces de vez en cuando.

A llegar al campamento de la horda, lugar de nuestro destino, me quitaron por fin las apretadas ligaduras que me habían torturado pies y manos hasta el punto de que no los podía utilizar. Incapaz de moverme, quedé tendido en el suelo en medio de mis raptos. Hombres, mujeres, niños, todos me contemplaban con hosca curiosidad, sin que uno solo de ellos tratara de darme el menor alivio. Sin duda al oír el relato de mi resistencia, que mi amo relataba a cada uno, me dirigían gestos amenazadores.

Solamente a la noche de aquella media jornada de acongojantes emociones, se me presentó alimento, pero no me sentí todavía con ánimo de comer. Se trataba de carne cruda de caballo, principal alimento de estos nómadas. Durante la siguiente noche, me abrumaron unos pensamientos

6 **Ivan Stepanovich Mazeppa** (1644-1709) fue un jefe de los cosacos de Ucrania. Cuando nació, Ucrania era todavía polaca y él fue criado en la corte del rey de Polonia. Se fugó para unirse a los cosacos del Dniepr. Sorprendido en un delito de adulterio quiere la tradición histórica que fue atado desnudo sobre un caballo salvaje y que después de una larga carrera se salvó milagrosamente. Este episodio inspiró los poetas románticos como Byron, Puchkine, Victor Hugo, así como un lienzo de Louis Boulanger y un poema sinfónico de Franz Liszt.

caóticos. En mi insomnio tenía siempre presente la imagen de la muerte de mi compañero. Ahora formaba yo mil conjeturas sobre el destino que me reservaban los indios. La mayor probabilidad me parecía ser que me conservaban para algún suplicio solemne. Sin embargo, no fue así.

Sin que tuvieran la menor piedad por mi triste situación, de la que se reían, me dejaron varios días sin exigirme nada. Pude dar así algún descanso a mi cuerpo herido y ver cómo mejoraba un poco el estado de mis numerosas heridas, sin más ayuda que la de la voluntad divina y la aplicación que hice de ciertas hierbas.

Pero la desnudez completa a la que estaba condenado no tardó en hacerme muy sensible. El dormir sobre la tierra, sin abrigo, sin posibilidad de taparme, aumentó mi malestar. Eso me causó unos dolores agudos en todos los miembros. Después vino el hambre, un hambre muy parecida a la rabia, durante la cual traté en vano de alimentarme de hierbas y de raíces. Tuve que resignarme a devorar solamente carne sangrienta, como lo hacen los mismos indios, pero cada vez que terminaba semejante comida sentía asco. Sólo con el tiempo pude superar el horror que me inspiraba ese género de vida.



Muchas veces, con un trozo de carne cruda en la mano, y con la obligación de disputar cada bocado de esa espantosa comida a los perros hambrientos que me rodeaban riñendo entre sí, me puse a establecer mentalmente una comparación entre esa asquerosa comida y la mesa elegantemente adornada, cubierta de un mantel deslumbrante, de ricas porcelanas y brillantes cristales, en torno a la cual esos felices personajes de Europa, saboreando con indiferencia los manjares más delicadas y los vinos más generosos, rivalizan con ocurrencias espirituales y con dichos refinados.